



Qué han dicho los Padres de la Iglesia

IRENEO DE LYÓN

Dios no creó por su propio provecho

Ireneo de Lyón, *Adversus Haereses*, IV,14,1-15,1

Dios no creó por su propio provecho

Así pues, cuando al principio Dios plasmó a Adán, no lo hizo por necesidad, sino para tener a alguien que fuese objeto de sus beneficios. En cambio no sólo antes de Adán, sino antes de toda otra creación, el Verbo glorificaba a su Padre, permanecía en El, y el Padre lo glorificaba a El, como él mismo dijo: “Padre, glorificame con la gloria que tuve delante ti antes de que el mundo existiese” (Jn 17,5). Ni nos mandó seguirlo porque necesitase de nuestro servicio, sino para procurarnos a nosotros mismos la salvación. Porque seguir al Salvador es lo mismo que participar de la salvación, así como seguir la luz es recibirla. Pues los que están en la luz no la iluminan, sino que ella los ilumina y los hace resplandecer; no le dan nada a ella, sino que reciben de la luz el beneficio de estar iluminados. De modo semejante, quien sirve al Señor nada le añade, ni a Dios le hace falta el servicio humano. Sino que El concede la vida, la incorrupción y la vida eterna a quienes le siguen y le sirven, de modo que convierte el servicio que ellos le prestan en servicio para ellos mismos; así como a quienes le siguen les da sus beneficios más que recibirlos de ellos: en efecto, él es rico, perfecto y no pasa necesidades.

Por ello también el Señor pide a los seres humanos que le sirvan; pues, como él es bueno y lleno de misericordia, quiere derramar sus beneficios sobre quienes perseveran en su servicio. Dios por su parte nada necesita; en cambio al hombre le hace falta la comunión con Dios. Y es una gloria del ser humano perseverar y mantenerse en el servicio de Dios. Por eso el Señor decía a sus discípulos: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os he elegido” (Jn 15,16). Con estas palabras les daba a entender que no eran ellos quienes le daban gloria a El al seguirlo, sino El quien a los seguidores del Hijo de Dios concedía su gloria. Y añadió: “Quiero que donde yo estoy, también estén ellos, para que vean tu gloria” (Jn 17,24)...

Desde el principio Dios plasmó al ser humano para ser vaso de sus dones; eligió a los patriarcas para su salvación; formó el pueblo antiguo para enseñar a esa gente indócil a seguir a Dios; instruyó a los profetas para acostumar a los seres humanos sobre la tierra a ser depositarios de su Espíritu y a participar de la comunión con Dios. No necesitando él nada, concedió a los necesitados la comunión con El. Como un arquitecto proyectaba la construcción de la obra salvadora en favor de aquellos que hacían su beneplácito, guiándolos en Egipto sin que ellos lo advirtieran. Cuando andaban errando en el desierto, les dio la más adecuada de las leyes; a los que entraron en la tierra buena les concedió una digna heredad; para quienes se convertían al Padre mataba el novillo cebado y los hacía vestir con la mejor de las túnicas (Lc 15,22-23). De muchas maneras preparó al género humano a fin de que la salvación le viniese como una sinfonía. Por eso Juan dice en el Apocalipsis: “Su voz como el sonido de muchas aguas” (Ap 1,15). Pues en realidad son muchas las aguas del Espíritu de Dios, porque el Padre es rico y grande. El Verbo pasó por todas ellas, prestando generosamente su auxilio a quienes se le sometían, escribiendo una ley conveniente para cada creatura.

Dios estableció la Ley para el bien del ser humano

De esta manera dio al pueblo las leyes para fabricar la tienda y el templo, para elegir a los levitas, y para establecer el servicio de los sacrificios, oblaciones y ritos de purificación. No porque necesitase algo de esto -pues siempre está colmado de todos los bienes y tiene en sí mismo todo

olor de suavidad y todo buen óleo perfumado, incluso antes de que Moisés naciese-; educaba a un pueblo inclinado a retornar a los ídolos, [1012] poniéndoles en la mano muchas herramientas para perseverar en el servicio divino: por medio de lo que era instrumento secundario para llegar a lo primario, es decir por medio de los tipos los guiaba hacia la verdad, por lo temporal a lo eterno, por lo carnal a lo espiritual y por lo terreno a lo celestial, como dijo a Moisés: “Harás todo conforme al modelo que viste en el monte” (Ex 25,40). Durante cuarenta días (Moisés) aprendió a retener las palabras de Dios, los caracteres celestes, las imágenes espirituales y las figuras de lo que había de venir, como dice Pablo: “Bebían de la roca que los acompañaba, y la roca era Cristo” (1 Cor 10,4). Y en seguida, habiendo recorrido los sucesos narrados en la Ley, añade: “Todo esto les sucedía en figura; y se ha escrito para instrucción de quienes venimos al final de los tiempos” (1 Cor 10,11). Por los tipos aprendían a temer a Dios y a perseverar en su servicio.

De esta manera la Ley era para ellos una educación y una profecía de los bienes futuros.